

EL NIÑO

REVISTA MÉDICO-SOCIAL

DIRECTOR

Dr. Bartolomé Gómez Plana

COLABORADORES:

EXCMO. SR. D. LUIS DE LUNA,
Jefe de Instrucción.

SR. D. MANUEL GUERRERO,
Catedrático de Filosofía.

SR. D. FILEMÓN BLÁZQUEZ,
Inspector de 1.ª Enseñanza.

DR. D. SERVANDO A. DE DIOS,
Publicista.

D. JOSÉ M. PÉREZ SARMIENTO,
Cónsul de Colombia.

D. ENRIQUE MIRANDA Y SÁNCHEZ,
Alumno de Medicina.

CORRESPONDENCIA: SAGASTA, 12.

SUMARIO

Los niños modernos, José Gómez-Plana y Conte.—*Asociación Pro Cultura, de Medina Sidonia: Sección de Educación Física*, Joaquín Hurtado Núñez.—*El niño callejero*, Dr. Gómez-Plana.—*Lección de Historia: El carácter*, A. Cuyás.—*Medicina antigua*, Jaime Bonells.—*Consejos educativos*, Dr. Terrer.—*Notas*.

SUSCRIPCIÓN

En Cádiz: Un mes 0'75 ptas.

Fuera : Trimestre 3

PAGO MENSUAL.

Año IV. Cádiz : Julio de 1924 N.º 40



Año IV

Cádiz: Julio 1924

Núm. 40



Los niños modernos

Caprichos, rarezas, originalidades, «cosas» (que dicen algunos), han sido a veces las que han definido un carácter y una personalidad y... no sé si originalidad, capricho o rareza del que esto escribe, ha sido siempre el guardar como reliquias del corazón, aquellos juguetillos de la primera decena del vivir, que nos hicieron felices en aquél entonces y que quisiera uno tuviesen la virtud ahora como antes, de disipar los nubarrones de la tormenta interior, que bien pueden llamarse (son lo mismo), una «azotaina paterna» o un «problema de vida a resolver».

* * *

Pues bien, no ha muchos días, entré ocasionalmente en cierta casa de nuestra población, hermosa de aspecto, de lujosa sencillez en su interior, con un patio como hoy día se ven ya pocos, y allí, al final, en un rincón del mismo, estaba un velocípedo, triciclo o «productor de chichones», es igual, arrumbado y abandonado como trasto antiguo. Me acerqué un poco y me dió pena; los hilos de las arañas cruzándose en afilagranadas mallas sobre sus ruedas, ansiosas de correr, me hacían la impresión de que esa vida moderna en la que hasta el juego de los niños quieren imponérseles trabas y reglas fijas hacia un supremo esfuerzo, para que esos objetos todos: caballitos, rompecabezas, muñecos, triciclos, etcé

tera, etcétera, no pudiendo nunca salir de su inmovilidad por impedírsele la fuerte reja de las ideas modernas sobre los niños.

—¿Por qué no juegan los niños?

—Sí, juegan, me dirán enseguida; y a los que así me contesten yo les invito a hacer una pequeña observación que no les ha de costar ningún trabajo: Vayan a cualquier paseo a la hora de mayor aflujo infantil y con algún periódico en la mano fingiendo leer, siéntese en un banco y escuche el primer diálogo que se le proporcione:

—¡Chiquillo, qué bárbaro! No sabes lo que te perdistes ayer: si hubieras visto «chutando» a Clavide; el pobre de Valencia que estaba de guardameta no sabía cómo ponerse para pararlo, pero ¡quía!, ese como siga así para la Olimpiada del 26, que dicen va a ser en Madrid, lo vamos a tener de medio-centro, aunque no sea internacional...

* * *

—Oye: ¿qué te pasa que vienes cojeando?

—Nada, hombre, nada, que en todo se tienen ustedes que fijar; que me dió el otro día Rubio un puntapie en la espinilla, por querer los dos combinar al mismo tiempo...

* * *

No se habla de otra cosa, no se oyen otras conversaciones; aquellos juegos tan bonitos, entretenidos, amenos, como el *marro* y la *bandera* se han declarado en huida vergonzosa y forzada por el mazazo brutal de un golpe de penalty, y arrastrados en medio del coreo de una multitud de «niños grandes» que huelen a gasolinan y suenan a fox-trot u orquestas de negros.

—¿Por qué no juegan los niños?

El juguete representaba la ilusión, el deseo, el «acicate para el estudio, el estímulo para el cumplimiento del deber; era el ansia lograda, la esperanza cumplida, la recompensa otorgada como premio de un trabajo laborioso; era el regalo de un día de Reyes o la compensación de un «colorado» como nota de final de semana cuando venía acompañado de «La Orden del día», la fantasía, el ingenio, la alegría asegurada para unas semanas, todo aquello, en fin, que ahora que no se tienen, piensa uno que era verdad lo de los «sueños de color de rosa» y lo que ha dicho no sé quién de que «¡ay del hombre que no haya jugado en su infancia».

Aquello que Binet llamaba *Ortopedia mental* tenía su realización cumplida en la elección de un juguete adecuado a las incli-

naciones del chiquillo que lo había de recibir; ya que por los juegos, los pedagogos, los «forjadores de hombres» conocen las inclinaciones de los muchachos; es lástima que se vaya perdiendo esa afición que como medio de corrección o de estímulo mental de una vocación, representaba un medio altamente beneficioso en el encauce de esas cabecitas juveniles.

El juego así entendido y casi trabajando en la subconsciencia, representaba por su variedad un descanso intelectual y un medio de acumular reservas para la nueva jornada.

Y no se me objete que es ir contra lo que higienistas y prácticos recomiendan como medio principal de fortaleza física, no; nuestros antepasados, que por fortuna no los conocieron, estaban tan rollizos y fuertes como el primer campeón de boxeo actual y en nuestros tiempos el mismo frontón y la gimnasia más o menos disfrazada al aire libre, cumplen con más método y regularidad los preceptos de higiene: siempre resultará que tanto unos como otros son prematuros para esa segunda infancia que este siglo, que es de las precocidades, quiere convertir en juventud adelantada.

Hay que pensar siempre, dijo Newton; y este discutido consejo que ahoga al nacer las más bellas ilusiones de nuestra alma, va teniendo en las horas que corremos, su realización. A los que dejan correr sus ideas, hablando del ensueño de esa edad y de las «ideas antiguas» (porque o aunque sean de ayer), se les llama anticuados o descentrados, y claro está, tendremos juventudes con gemelos y soleos muy desarrollados; pero el corazón, que también es un músculo, le habrán atrofiado a fuerza de negarle la primera materia de su sustento: la Fe, el ideal, las ilusiones y esperanzas.

HAY QUE VIVIR A LA MODERNA; la fuerza impulsiva nos arrastra, y la velocidad del que viene detrás no nos deja tiempo siquiera para mirar «lo que fué».

¡Pobres juguetes! ¡Cuando chico hubiera querido uno daros vida, y hoy a los 20 años, con «juguetes vivientes», quisiéramos reducirlos a la inacción!

¡Pobres niños! ¡Os quieren hacer hombres antes de tiempo y os destrozan el alma!

JOSÉ GÓMEZ-PLANA Y CONTE.

Cádiz-León-1924.

Asociación Pro Cultura, de Medina Sidonia

Sección de Educación Física

Discurso leído en la Fiesta del Arbol celebrada en Medina Sidonia el día 27 de abril de 1924, por el Presidente de la Sección de Educación Física, Dr. D. Joaquín Hurtado Núñez, Médico Titular.

Esta fiesta fué bendecida, presidida y honrada con la presencia del Excelentísimo e Ilmo. Sr. D. Marcial López Criado, Obispo de la Diócesis de Cádiz.

Ilmo. Sr.:

Señoras; señores y escolares:

Obligado como Presidente de la Sección de Educación Física de la Asociación Pro Cultura de Medina Sidonia a dirigiros la palabra, voy a hacerlo, tratando de explicar a los niños aquí reunidos el origen, objeto y finalidad de la fiesta que hoy celebramos.

Aunque los norteamericanos se atribuyen la paternidad de la Fiesta del Arbol—porque Mr. Herlin Morton, siendo en el año 1872 Gobernador del Estado de Nebraska (Estados Unidos de América del Norte), con el objeto de propagar en el territorio de su mando la arboricultura, propusiese en la Asamblea de Agricultura de Lincoln verificada aquel año, que se designase el día 10 de abril de todos los años como acto público la plantación de árboles, proposición que fué aceptada,—tuvo su *origen* en España, ya que en el año 1805, el párroco de Villanueva de la Sierra (Cáceres)—según afirma Joaquín Costa—consiguió que por su iniciativa, el Ayuntamiento de dicho pueblo celebrase esta fiesta, la que si por entonces con motivo de la guerra de la Independencia no fué imitada por el resto de la nación, no por ello dejó de ser la primera Fiesta del Arbol que se celebró en el Mundo, gracias a un modesto y humilde cura rural.

Esta fiesta, desde Nebraska se propagó rápidamente por los Estados Unidos; de allí pasó a Europa, y en Noruega y en Italia se aclimató y extendió, y ya con el marchamo extranjero, se celebró en Madrid por primera vez el día 26 de marzo de 1896.

Después, por Real decreto de 11 de marzo de 1904, aconsejó

el Gobierno de S. M. que las corporaciones y particulares que lo deseen puedan celebrarla, para lo cual se constituirán Juntas locales, de las que formarán parte el alcalde, médico, párroco, maestro y un contribuyente: y por Real decreto también de 5 de enero de 1915 se declara obligatoria anualmente en todos los términos municipales de España, ordenándose a los Gobernadores civiles que no aprueben ningún presupuesto donde no se haya consignado alguna partida, por pequeña que sea, destinada a dicho fin, Decreto que no se ha cumplido, hasta que el Directorio Militar que rige nuestros destinos, comprendiendo la utilidad de dicha fiesta, ordena que no deje de celebrarse, y gracias a ello, hoy nos reunimos los asidonenses para dar cumplimiento a esta orden.

El *objeto* de la Fiesta del Arbol es inculcar a los niños, en la edad en que comienzan a darse cuenta de sus actos, el amor a la Agricultura, que tantos beneficios reporta a la vida y a la salud y que es la principal fuente de riqueza de los pueblos y de las naciones.

Efectivamente: si el reino animal es el más perfectamente organizado, no es tan preciso para la vida como el vegetal, ya que sin animales podemos progresar y vivir, puesto que la fuerza motriz animal se sustituye ventajosamente por el vapor y la electricidad, y de los alimentos animales se puede prescindir, pero sin los vegetales, la vida es imposible.

El pan, la patata, las verduras y las frutas, tan indispensables para nuestra alimentación, ¿de dónde proceden sino del reino vegetal?

Pues a este reino tan necesario pertenece también el árbol.

En la economía general, los árboles, agrupados formando bosques, ejercen una influencia decisiva en las condiciones climatológicas, higiénicas, agrícolas y económicas de la región donde ellos existen.

Por lo que atañe al *clima*, en las regiones pobladas de árboles las temperaturas extremas son más moderadas, pues ni el frío ni el calor son excesivos y las transiciones del uno al otro son menos bruscas, explicando este detalle el que en las regiones desprovistas de arbolado sean frecuentes las heladas en el invierno y que en el verano el calor sea asfixiante.

Los árboles detienen y moderan los vientos, a los que oponen su espeso follaje y sus tupidas copas, y figuráos si para Medina Sidonia tendría importancia el poseer varios bosques que sirviesen de valla al Levante, que tanto nos combate en todo tiempo y tanto perjudica a las cosechas y a los frutos.

Por otra parte, la atmósfera de las regiones pobladas de árboles, por la constante transpiración de éstos, esté siempre más cargada de vapor acuoso, el que, al condensarse, forma nubes que se resuelven al final en lluvia benéfica. Y los árboles altos que dirigen hacia las nubes sus extremidades puntiagudas, modificando el estado eléctrico de la temperatura, convierten en lluvia lo que en los lugares privados de ellos es granizo devastador y destructor.

La falta de arbolado dá lugar a lluvias torrenciales que arrasan los campos y desbordan los ríos, inundando los terrenos próximos a ellos, mientras que, por el contrario, los árboles, al caer sobre ellos el agua, la fraccionan, la dividen y hacen que cayendo sobre la tierra de una manera moderada, se infiltre en ella y la sature de humedad, que tanto beneficia al campo.

Por lo que respecta a la *salud*, los árboles, al respirar, descomponen el ácido carbónico de la atmósfera, reteniendo el carbono y desprendiendo el oxígeno, elemento necesario para la vida y antiséptico por excelencia, porque destruye a los microbios productores de las enfermedades.

El aire cargado de miasmas mortíferos, se purifica al pasar por los bosques, y hasta algunos árboles, como el eucaliptus, desecando los terrenos pantanosos donde ellos crecen, evitan el paludismo (que tanto nos castiga), cuyos gérmenes se desarrollan en las tierras encharcadas.

Y por lo que importa a la *riqueza* que proporcionan los árboles, baste el decirlo que con sus maderas se construyen: la casa donde vivimos, los muebles que utilizamos, las herramientas con las que trabajamos, el coche, el carro y el vagón del ferrocarril que transporta a las personas y acarrea los productos entre los pueblos y de una a otra nación, el barco que surcando los mares une los continentes, el papel que al imprimirse difunde por todo el Mundo el humano saber, la leña y el carbón que nos ayuda a combatir el frío, a guisar los alimentos y a producir el vapor y la electricidad que mueve a los motores industriales, el café y las frutas, que tanto necesitamos; la sombra, que nos permite hacer un alto en el camino para descansar; las flores, que con sus colores recrean nuestra vista y con sus olores nuestro olfato, y hasta sus ramas sirven para albergar los nidos de los pájaros que se alimentan de los insectos que dañan los frutos y los que con sus trinos y gorjeos impresionan gratamente a nuestros oídos con su divina música.

Por último, la *finalidad* de la Fiesta del Arbol es, desarrollar en vosotros los niños el amor a la naturaleza, la afición a la Agricultura y acostumbraros a tener por obligación un deber.

El *amor a la naturaleza* os hará sanos, fuertes y artistas, ya que ella nos la creó Dios para salud del cuerpo y solaz y esparcimiento del alma, pues a Natura la dotó el Supremo Hacedor de elementos vivificadores, como el agua, el sol y las plantas, y de panoramas donde se extasían las retinas y se inspiran los verdaderos artistas.

La *afición a la Agricultura*, porque ésta, aparte de su necesidad para la vida, es fuente de riqueza, y mucho más para Medina Sidonia, este bendito rincón de Andalucía, en donde ella constituye el único medio de vida, y que si ricos y pobres tuviésemos verdadera afición a la Agricultura, en lugar de ser un pueblo pobre y mísero como lo es, sería uno próspero, rico y feliz.

Y el *acostumbraros a tener por obligación un deber*, cual es cuidar y atender al árbol que hoy habeis sembrado (como vuestros padres os cuidan y os atienden a vosotros), es capacitaros para que, sabiendo cumplir con vuestros deberes, seáis aptos para tener el día de mañana derechos.

Y del mismo modo que hay árboles históricos, como el plátano que en Córdoba plantó Julio César, y la eiba de la isla de Santo Domingo, a cuya sombra se celebró la primera misa que oyeron Colón y sus compañeros cuando descubrieron el Nuevo Mundo, ¿quién sabe si alguno de los árboles que hoy habéis plantado vosotros, si al correr de la vida os hacéis heroes o santos, o célebres en cualquiera rama de la Ciencia o de las Artes, sea para Medina Sidonia la gloria del recuerdo de vuestra infancia?

Por eso las escuelas en donde se os enseña y se os educa (esas escuelas que si antaño sólo se enseñaba en ellas a leer, escribir y las cuatro reglas elementales de la Aritmética, hoy dirigidas por maestros más ilustrados y competentes, son escuela y taller donde además de enseñaros ésto, se os inicia en los oficios, las artes, la Ciencia, el deber de ciudadanía y el amor a la patria), se asocian a esta fiesta, y bajo sus banderas, que es la misma gloriosa bandera de nuestra amada España, acudís a ella, por ser la Fiesta del Arbol una fiesta educadora y de amor, a la par que ciudadana y patriótica.

He terminado.

JOAQUÍN HURTADO NÚÑEZ.

El niño callejero

Creo existe en todas partes.

Producto de la pobreza, desecho de la miseria, fruto del abandono, escoria del elemento social, demuestra ser una de las más profundas llagas del organismo colectivo.

Suele ser con frecuencia, sucio y andrajoso; descalzo y descarado; fuerte y cínico; inteligente y procaz; de vez en cuando surge como un rayo de luz, un rasgo noble, un movimiento simpático; un desinterés sorprendente; un instinto de justicia y equidad, que asombran: defiende al compañero, se arroja al peligro, dice desnuda la verdad y sostiene con firmeza sus juicios: el destello de la razón asoma en juicios claros; y llega, cuando menos se piensa, al heroísmo.

La frase obscena y procaz pasa a veces por sus labios, sin mancharlos, como agua turbia sobre el cristal; tiene un espíritu de observación congénito, y guarda un almacén de recuerdos que utiliza en los momentos oportunos.

Víctor Hugo, en una de sus más conocidas obras, esculpió en *Garroche* el tipo parisién del pilluelo, que vive lleno de espíritu de libertad, respirando a pulmón pleno el ambiente de la calle, asociándose a los movimientos populares y muriendo heroicamente.

Esto revela que si la sociedad se preocupara más de la infancia, si conociera mejor los tesoros escondidos que se albergan en un alma de cuerpo infantil, penetraríamos adentro en esas casas antihigiénicas donde se encuentra el hacinamiento, la inmoralidad y la ignorancia; redimiría con la caridad y la instrucción, con el pan y la lucha contra la maldad alcohólica, a ese elemento de donde sale casi todo; cambiaría el aspecto social, la fraternidad cristiana sería un hecho y el fruto sería el bien, la justicia y la prosperidad.

Para ese mal, la autoridad paterna pertenece a la Sociedad.

DR. GÓMEZ-PLANA

Lección de Historia

EL CARACTER

Quiero llevarte al estudio de un escultor amigo mío...

Estamos ya en su jardín y, por la puerta entreabierta, puedes verle trabajando, de pie junto a su caballete.

Observa bien sus movimientos. De un montón de barro de plasmar que tiene al lado va cogiendo unos puñados, que coloca sobre el tablero giratorio del caballete hasta formar una a modo de bola del tamaño de una gran cabeza.

Luego, con unos palillos de boj y otros de alambre, va quitando, de aquí y de allá, parte del barro de la bola, hasta darle realmente la forma de una cabeza. Los trozos que quita, y que amasa con los dedos, los coloca en distintas partes de la cabeza, y ora con el pulgar, ora con los palillos, va formando la nariz, las orejas, el cabello, la barba y el bigote del busto que modela.

Todavía no podemos adivinar la individualidad que representará ese busto. La masa de barro sólo nos da indicios, por la barba y el cabello, de que será la efigie de un varón; pero todavía no están marcadas las facciones que nos revelen si ese varón es un joven o un viejo, un filósofo o un guerrero, sayón feroz y ceñudo o un humilde y piadoso anacoreta.

Aguarda... Mira con qué destreza el artista, con una pulgarada aquí y un toque de palillo allá, va dando expresión y vida a lo que antes era una masa informe. Ya las arrugas que surcan la noble y despejada frente nos anuncian que el busto es de un respetable anciano. Ya los labios predicán con muda elocuencia una firme determinación...

El artista se separa del caballete para contemplar de lejos su obra. Entremos y sabremos a quién representa el busto.

—Es Sócrates—nos dice el artista—. Todavía tengo que darle algunos toques, algunos golpecitos y raspaduras acá y allá para darle carácter.

Ya oyes: para que el busto tenga *carácter* necesita unos cuantos toques, golpecitos y raspaduras.

Así es el hombre. Para formarse el carácter tiene que irse raspando ciertos defectos, recibir golpes de la adversidad y dar a su educación algunos toques.

Me preguntas: «¿En qué consiste, pues, el carácter?»

La feliz combinación de rayas regulares y bellas facciones es lo que llamamos hermosura; el conjunto de nobles cualidades y rasgos morales en un individuo es lo que constituye el carácter.

Habrás notado que la efigie de Sócrates no es la de un hombre hermoso. No lo era el gran filósofo y, sin embargo, pocos ejemplares que le aventajen, en punto a carácter, nos presenta la historia de la humanidad. Y es que, como decía Séneca: «De la más humilde choza puede salir un héroe, y del cuerpo más deforme, el alma más bella.»

Y tan bella era el alma de Sócrates, tan noble su carácter, tan sublime su doctrina, que Erasmo decía que la veneración que le inspiraba tentábale a rezarle como se reza a un santo.

Para que veas que no era exagerada la opinión de Erasmo, voy trazarte a grandes rasgos la fisonomía moral de Sócrates, o lo que es lo mismo, su carácter.

Nació, cerca de Atenas, de padres de baja esfera: su madre era comadrona y Sofronisco, su padre, escultor, arte a que se dedicó también el joven Sócrates para ganarse el sustento mientras estudiaba filosofía, y se le atribuye un grupo de las Tres Gracias, vestidas, que adornaba la ciudadela de Atenas.

Tuvo después varios maestros de filosofía, de oratoria, de poesía, de geometría y de música.

Llamado a las armas, fué en una expedición con Alcibíades, y distinguióse en el sitio de Potidea no tan sólo por su valor, sino por su gran temple y sobriedad, pues andaba a pie descalzó sobre los hielos y no se resguardaba del frío, endureciendo así su naturaleza.

En una batalla vió caer a Alcibíades herido, y él, poniéndose al frente del ejército, ganó la victoria, no obstante, rogó a los jueces que diesen el premio y la gloria del triunfo a Alcibíades, con lo cual mostraba su magnanimidad.

A la edad de sesenta años fué elegido senador; pero desencantado de la política, y no queriendo cohonestar injusticias, se retiró y decidió dedicarse a la enseñanza de la filosofía, pública y gratuitamente, al aire libre.

Predicaba la analogía que reina entre la perfección moral (bondad) y la perfección física o natural (hermosura), analogía que constituye la simetría. Por esto veía en los rasgos de la fisonomía una señal exterior del carácter, y por esto mi amigo el escultor, se esmera en que exprese carácter el busto de Sócrates.

Precisamente la palabra *carácter* se deriva de una voz griega que significa «grabar», porque parece como si el carácter se grabase en las facciones.

Los sofistas trataron de desprestigiar a Sócrates, porque sus doctrinas religiosas estaban en contradicción con las creencias paganas y porque encarecía la sabiduría y la virtud, y no obstante, afirmaba que él era más sabio que los otros, puesto que sabía que no sabía nada.

Enseñaba haciendo preguntas con aire de humildad y de ignorancia, convenciendo a su contrario con sus mismas respuestas.

Su oración favorita era: «Gran Dios, concedednos lo que nos conviene, ora os lo pidamos, ora no, y alejad de nosotros cuanto pueda hacernos daño, aunque os lo pidamos.»

A los setenta años fué acusado por el envidioso Mileto de corromper a la juventud enseñándole a no reconocer los dioses del Estado, sino que pretendía estar inspirado por un dios desconocido. El mismo pronunció su defensa; no obstante, por sólo un voto de mayoría, fué sentenciado a beber la cicuta, lo cual hizo con la mayor serenidad, sin querer eludir la pena con la fuga, como le proponía su amigo Critón.

A éste le decía: «Nunca debe cometerse una injusticia ni volver mal por mal, sea el que fuere el que se nos haya hecho... Si llegado el momento de nuestra fuga, las leyes de la República, presentándose a nosotros, nos dijeran: «Sócrates; ¿qué vas a hacer? Llevar tu proyecto a cabo ¿no equivale a destruir completamente, en cuanto de tí depende, las leyes de la República? ¿Crees que puede subsistir un Estado cuando en él carecen de fuerza las sentencias legales y cuando se desprecian y huellan por los particulares?... ¿Llamarías a eso justicia, tú que haces profesión de practicar la virtud?»

Y Sócrates, razonando así, con gran entereza de carácter, prefirió morir, tomando con estoica calma la cicuta, antes que faltar a las leyes.

Porque el hombre de carácter íntegro considera el respeto a la ley, aun cuando sea injusta, como el primer deber del ciudadano.

Había en Sicilia, siete siglos antes de la Era Cristiana, un legislador llamado Carondas, el cual dictó una ley que prohibía entrar con armas en la Asamblea del pueblo. Un día en que regresaba de dar persecución a unos bandidos, se presentó en la

Asamblea sin acordarse de que llevaba la espada al cinto. Uno de los ciudadanos le dijo que violaba la ley que él mismo había dictado. A lo que él repuso: «Al contrario: voy a mostraros cómo yo mismo la cumplo.» Y con su propia espada se quitó la vida.

No te asuste la idea de que para ser un hombre de carácter sea preciso darse la muerte como Sócrates o Carondas. En el modo de vivir es como se forma el carácter: corrigiendo tus defectos; refrenando tus pasiones; adquiriendo buenos hábitos; tomando como modelos a los hombres que han dejado fama de laboriosos, de honrados, de incorruptibles, de valientes, de celosos en el cumplimiento de sus deberes para con Dios, para con la Patria, para con la familia y para con el prójimo.

Dice Orison Swett Marden: «El mundo anda siempre en busca de hombres que no se vendan; de hombres honrados, sanos desde el centro a la periferia, íntegros hasta el fondo del corazón; hombres de conciencia fija e inmutable como la aguja que marca el norte; hombres que defiendan la razón aunque los cielos caigan y la tierra tiemble; hombres que digan la verdad sin temor al mundo ni al demonio; hombres que no se jacten ni huyan, que no flaqueen ni vacilen; hombres que tengan valor sin necesidad de acicate; hombres que sepan lo que han de decir y lo digan, que conozcan su negocio y lo atiendan; hombres que no mientan, ni se escurran, ni rezonguen; hombres que no sean demasiado holgazanes para trabajar ni demasiado orgullosos para ser pobres; hombres que quieran comer lo que han ganado y no deber lo que llevan puesto.»

En las cosas más triviales de la vida puede mostrar el hombre su fuerza de carácter. Basta con inspirarse para cada acto en sentimientos de justicia, de rectitud y de veracidad.

«El que se esfuerza en cumplir con su deber a conciencia—dice Samuel Smiles—, llena ya el fin para que ha sido puesto en la tierra, y está poseído de los principios de un carácter viril.»

Procura, pues, cumplir estrictamente tus deberes si aspiras a ser un hombre de carácter como lo fué otro ateniense, Arístides, a quien sus conciudadanos dieron el sobrenombre de «el Justo», y la posteridad, después de veinticinco siglos, aun le cita como modelo de virtudes y patriotismo.

Cuando Arístides era un muchacho como tú, se mostraba siempre firme en sus propósitos, inflexible en su rectitud y enemigo de la mentira, del engaño y de las chanzas de mal género, aun en los juegos con sus compañeros. Siempre fué la justicia la nor-

ma de su carácter, porque entendía «que el buen ciudadano debe poner empeño en decir y hacer únicamente cosas justas y honrosas».

Por las intrigas de su rival Temístocles, fué condenado por el pueblo al ostracismo, y se refiere de él un rasgo que da una idea de su carácter. Para desterrar a un ciudadano, escribían los atenienses en la concha de una ostra el nombre del individuo que se quería poscribir (y a esta práctica se dió el nombre de «ostracismo»), y el número de conchas subscriptas daba el resultado de la votación.

Pues bien: un hombre del pueblo, que no sabía escribir, se acercó en la calle a Arístides, sin conocerle, y le pidió que escribiese el nombre de Arístides en la concha que llevaba para votar.

—¿Te ha hecho Arístides algún daño?—le preguntó éste.

—No; ni siquiera le conozco—contestó el patán—. Pero me encocora oír que todo el mundo le llame «el Justo».

Y Arístides, sin replicar, escribió su nombre en la concha y se la entregó.

Seis años había estado en el destierro cuando Jerjes invadió la Grecia, y Arístides, olvidando todo motivo de rencor, y movido tan sólo por su patriotismo, corrió a ponerse al lado de Temístocles, que le había desterrado, para combatir juntos contra el enemigo.

«Olvidémonos le dijo—de nuestra vana y juvenil discordia, y entablemos otra contienda más saludable y digna de loor, disputándonos el honor de pelear por la Grecia: tú como general y caudillo, yo como soldado y consejero.»

Mas tarde, siendo juez en un proceso por difamación, el denunciante, con objeto de congraciarse con Arístides, declaró que el acusado también había proferido contra él palabras injuriosas, y entonces dijo el juez con tono severo: «Limítate a declarar el daño que te ha hecho, que yo estoy aquí para hacerte a tí justicia y no para administrármela yo mismo.»

Este virtuoso varón, no obstante haber manejado los caudales de la República, murió tan pobre que el pueblo tuvo que sufragar su entierro y dotar a sus dos hijas.

Otro ejemplo de esa acrisolada lealtad, que parece ser innata en los hombres de carácter, los cuales saben sobreponerse a las mezquinas pasiones del rencor y la venganza, nos lo ofrece la noble conducta de Rodrigo Díaz de Vivar, llamado el Cid Campeador, cuando el rey don Alfonso IV, mal aconsejado por envidiosos cortesanos, le condenó a destierro.

Así como Aristides al salir desterrado de Atenas rogó a los dioses que no llegara ocasión de que sus conciudadanos tuviesen necesidad de acordarse de él, así el Cid, al despedirse del rey, le dijo:

Obedezco la sentencia,
magüer que non soy culpado;
pues es justo mande el Rey
y que obedezca el vasallo.

Y plegue Nuestra Señora
que vos faga aventurado,
tal, que non echades menos
la mi espada ni el mi brazo.

Ofreció el Cid poner a disposición del rey, no obstante lo injusto de su sentencia, cuantas tierras y castillos conquistase. No tuvo carácter el rey para sustraerse a la intriga de los infanzones, no obstante que les dijo al partir el Cid:

Hoy deja nuestras banderas
el hombre más animoso
que sangre de moros riega...
Alongado va al destierro,
y veo que en su presencia
es sólo un home que parte
y mil voluntades lleva...
¡Gran lidiador es el Cid!
¡Fuerte y noble en gran manera!

A. CUYÁS

(Concluirá)

Medicina antigua

(Conclusión)

El método de Helmóncio se practica aún hoy día en Dinamarca y Holanda. En el hospital de Basilea se mantienen todos los expósitos con una papilla de leche y flor de harina, y sin embargo de ser esta papilla una de las peores para los niños, atestiguan los

administradores de aquel hospital, que mueren ahora menos expósitos que cuando los hacían criar por amas (1). Una dama alemana establecida en Nancy, que había mantenido a todos sus hijos sólo con panatelas, aseguró a Mr. de Villers, Presidente del Colegio Médico de aquella ciudad, que en Ratisbona y casi toda Alemania era aquél el método de criar a los niños más generalmente adoptado (2).

La robustez de esas naciones criadas por la mayor parte con papillas, nos demuestra claramente las ventajas por las cuales prefieren este método a la costumbre general de poner los niños en ama, cuando sus madres no pueden o no quieren criarlos. A buen seguro que no habrían sido tan felices si se hubiesen dado ama a los diez y siete hijos que aquella señora de Baviera crió con su papilla y los que la otra dama de Nancy mantuvo con panatelas.

25 Esto supuesto, concluimos, que así por las razones dichas, como por los experimentos alegados, está cualquiera madre suficientemente autorizada para preferir la papilla a la leche de ama siempre que no la encuentre tan aventajada, que no le falte requisito necesario; y en este caso se hallan las más veces por precisión las madres de la clase media e ínfima; por cuya razón serán más benéficas con sus hijos si, cuando el capricho o la necesidad los priva de la leche de sus pechos, en vez de ponerlos en ama los crían ellas mismas con papillas proporcionadas o con leche de animales. El método que debe seguirse en el uso de uno y otro de estos alimentos; las circunstancias a que es preciso atender y las precauciones que conviene tomar. las expondremos en otra obra sobre la crianza de los expósitos, que esperamos dar cuanto antes al público, si se dignare de recibir benigneamente ésta que le presentamos.

Bástanos por ahora haber demostrado que para obviar a los graves e innumerables riesgos que corren los niños en mano de las amas, es preferible las más de las veces con leche de brutos o con papillas, con tal que las mismas madres se encarguen de la parte más importante de la crianza, que es su gobierno y educación. Porque de nuestros primeros años pende el resto de la vida, y en la infancia estriba principalmente la prosperidad o miseria de las demás edades, La infancia es el tiempo precioso que pide la mayor atención y desvelo de los padres; y sin embargo, parece

(1) *Memoire sur les enfants-trouvés de l'Hospital d' Aix*, pág. 49.

(2) *Sceance publique de la Faculté de Medicine de Paris*, an. 1779, pág. 55.

ser el que menos cuidado y aprecio les merece, atendida la ciega confianza con que muchos entregan sus infelices hijos a una nutriz cualquiera, tan mala a veces por sus cualidades físicas, como ruin por las morales. A la verdad, si no viésemos tan a menudo ese abandono de los niños, apenas creeríamos que pudiera haber hombres que así tratasen a sus semejantes, cuanto menos que hubiese padres que se portasen tan inhumanamente con sus hijos. Nos horrorizamos, y con razón, de que haya padres capaces de dar la muerte a un hijo recién nacido, y quizás es menor todavía el daño que le hacen quitándole la vida, que si le abandonasen a una nodriza venal. Reflexionad, pues, madres inconsideradas, reflexionad la importancia de este punto; parad la consignación en los daños de que os haceis responsables por negar a vuestros hijos, juntamente con la leche, la primera educación que les debeis; y temed no os suceda al revés de lo que el Apóstol promete a las que crían y educan bien a sus hijos, es a saber: «que éstos serán »la salvación de la madre» (1).

JAIME BONELLS

Médico de Cámara de los Duques de Alba.

Año 1786.

Consejos educativos

La obra del educador consiste en mantener al niño en los términos medios y apartarle cuidadosamente de los viciosos extremos.

La pereza

Que haya viejos perezosos, no es cosa contraria al orden natural de la vida humana, que en la postrera edad agota y extenua las energías orgánicas; pero la pereza en el niño que brinca en los umbrales de la vida, cuando precisamente requiere y exige por

(3) «Mulier salvabitur per filiorum generationem». *Epistola 1. ad Timotheum*, cap. 2, vers. 15.

ley natural bullicio, actividad, movimiento, alboroto y turbulencia, es un caso patológico que cae bajo el dominio de la Medicina moral. La pereza infantil tiene casi siempre por causa la ineptitud o negligencia del educador; casi nunca es vicio esencial del educando. Así como los sabios de pasadas épocas, ignorantes de la pesantez del aire, suponían que la Naturaleza tenía horror al vacío, del mismo modo aquellos padres y maestros insipientes de las leyes que, como a toda fuerza psíquica, rigen la actividad humana, acusan a los hijos y discípulos de horror al trabajo, de aversión al estudio, de pereza intelectual, ya que la pereza orgánica es contra naturaleza en un niño sano.

Oímos decir muchas veces a los padres y maestros: «Este chico sólo piensa en jugar; siempre está distraído; nunca sabe la lección; y si no se le castiga de firme, será imposible sacar partido de él. Hay que hacerle estudiar por fuerza, o sinó, ponerlo de aprendiz de zapatero para que sacuda la pereza». Y no obstante, aquel niño no es perezoso por naturaleza, sino por invencible fuerza de las malas condiciones pedagógicas en que le coloca la ignorancia del padre o la ignorancia del maestro. Acusar de pereza al niño que rehuye estudiar como se estudia en muchas escuelas, colegios, institutos y Universidades, es como acusar de perezosa al agua que no se filtra a través de tejidos impermeables. La pereza del niño no es en semejantes casos ni más ni menos que necesaria consecuencia de los procedimientos embrutecedores a usanza chinesca que todavía predominan, por desgracia, en los países latinos. Las lecciones de memoria, los problemas de aritmética, los temas de gramática y los ejercicios todos que al niño se le exigen sin la debida predisposición de sus facultades intelectuales, convierten la labor escolar en un nuevo suplicio danaidesco, cuya pena de daño es la sobrecarga de trabajo y cuya pena es la inutilidad del esfuerzo. El presidiario o el esclavo que trabajan forzados por el látigo, experimentan cierta satisfacción al ver terminada la obra en que se les emplea, aunque de ella no reciban provecho directo y personal; pero el infeliz que da vueltas a una noria seca, agrava las fatigas del trabajo con una triste persuasión de que son completamente estériles sus esfuerzos.

¿A qué emprendes una labor, si de antemano se sabe que para nada absolutamente ha de servir?

Si obligamos al niño a que aprenda de memoria textos áridos y confusos, sólo por el temor lograremos vencer su repugnancia a un trabajo mental que es naturalmente contrario a las leyes que

rigen la inteligencia; porque exigir que el cerebro se asimile palabras sin ideas, es lo mismo que si para nutrir al niño le diéramos pan pintado. Y aquí se echa de ver la íntima relación que existe entre las educaciones moral e intelectual, del mismo modo que antes notamos las que también enlazan con la física. Si exigimos del niño un trabajo mental *no sólo superior, sino contrario a sus fuerzas*, lo equiparamos brutalmente al jumento que lleva la carga movido a palos. No es la voluntad del niño, su propio impulso, la actividad despierta, el amor al trabajo, lo que le determina a tomar los libros y aprender de memoria la lección señalada; es el temor al castigo, el deseo de evitar un mal mayor, o la esperanza de obtener un premio. En todo caso, la voluntad queda violentada y forzada, pero no dirigida ni encaminada a la investigación de la verdad, que es el verdadero objeto de la educación intelectual, pues el niño aprende por fuerza y contrá su afición lo que se le obliga a aprender sin otra utilidad que la de librarse de calabazas y palmetazos. Con tales procedimientos sólo se consigue anular la voluntad y embrutecer la inteligencia, que no se nutren de homilias y palabras, sino de acciones y de ideas. Por otra parte, solemos achacar a pereza del niño lo que es efecto de su congénita incapacidad para determinados estudios, pues los vigentes sistemas de educación intelectual no distinguen de aptitudes ni reparan en vocaciones, como médico ignaro que recetase la misma medicina a todos los enfermos de una clínica. ¿Es posible, acaso, que un niño sin afición ni aptitud para los estudios puramente literarios se aplique con gusto a los temas de latín, retórica o literatura? Y por el contrario, ¿cómo vamos a exigir de un espíritu exquisitamente literario que venza su aversión a los estudios científicos?

Además, hay que tener en cuenta lo árido y fatigoso de los programas, que parecen redactados adrede para alimentar la pereza de los alumnos por la desmesurada extensión de las lecciones y por el farragoso texto de los libros. La materia está expuesta en muchos de ellos en estilo altisonante, pedantesco y difuso, como si la sencillez estuviese reñida con la verdad, cuando precisamente es su más peculiar carácter. Para aprender de memoria aquellos párrafos interminables de palabras incomprensibles, se necesita un esfuerzo cerebral tres o cuatro veces superior al que exigirían dos o tres horas de atención sostenida en el estudio de los ejemplos de las cosas y de los hechos, que con menor fatiga reducirían el caudal de conocimientos del educando.

Por estas razones, el mejor medio de prevenir la pereza consiste en la simplificación de los programas, despojándolos de sobrecarga inútil, de suerte que sólo quede en ellos lo necesario y suficiente para que el alumno adquiera el conocimiento elemental de la materia y se aplique a su estudio con el gozo de quien prevé el provecho ulterior que la aplicación le promete. Si a la sencillez de los programas, a la claridad de los textos y a la familiar llaneza de las explicaciones, se añade una acertada distribución del tiempo de modo que el niño tenga señalada cotidianamente la misma clase de trabajo a la misma hora del día, sin que se le prorrogue o se le escatime ni un minuto de recreo, no tendrá la pereza ocasión de manifestarse, porque el ritmo universal a que se ve sujeto el individuo por fuerza de la costumbre, requerirá imperiosamente el estudio para alimento intelectual del cerebro, como a las horas señaladas por los hábitos sociales exige el alimento corporal para el estómago.

No en vano se dice que la costumbre es una segunda naturaleza, y cualquiera puede observar en sí mismo la verdad de este popular aforismo. Todos cuantos acomodan los ordinarios actos de su vida a un régimen rigurosamente cronométrico, experimentan cotidianamente las mismas necesidades a las mismas horas. El cuerpo pide aquello que se le acostumbra a dar. Si lo que se le da es bueno, determinamos por la costumbre una virtud; si malo, un vicio. Véase cómo podemos educar moralmente por la costumbre, que al fin y al cabo, no es más que la orientación de la voluntad.

Si la tarea es agradable y el estudio ameno; si las lecciones, temas, ejercicios y problemas no ofrecen más dificultades que las dimanantes de su misma condición natural, sin que la torpeza o inhabilidad de profesores ineptos las agraven con textos difusos o definiciones interminables e inútiles, por fuerza encontrará el niño fruición en el estudio, porque al comprender la asignatura y adelantar paso a paso en ella, verá que no son infructuosos sus esfuerzos y experimentará el placer de quien logra el fruto de sus afanes.

El trabajo no es una pena para el hombre que a él se aplica conscientemente; el trabajo es una lucha incruenta con la naturaleza, y gracias a las rudas victorias sobre ella conseguidas por nuestros ascendientes, disponemos hoy de armas lo suficientemente poderosas para ahorrarnos la fatiga muscular y el cansancio intelectual. Demos un placentero aliciente a la actividad del niño, revistamos de formas juguetonas y recreativas el estudio, abolamos

de una vez para siempre las estúpidas lecciones de memoria, que son las primordiales determinantes de la pereza, nutramos la inteligencia infantil con aquellas ideas más adecuadas a sus facultades, vocación y aficiones; no enseñemos latín a los futuros ingenieros industriales, ni trigonometría a los jurisconsultos por venir; limitemos los programas de segunda enseñanza a lo puramente necesario para la cultura general de las inteligencias; fijemos un ejercicio para cada hora, con una hora para cada ejercicio, y sin duda alguna no tendremos por qué dolernos de la pereza de nuestros hijos y discípulos.

La castidad

Si estas páginas no estuviesen escritas con el principal propósito de que las leyese los padres de familia, nos guardaríamos muy bien de discurrir sobre un asunto de tan escabrosa naturaleza; pero como nuestros lectores de uno y otro sexo estarán ya en edad de comprender a medias palabras lo que lean, no hay impedimento alguno para exponer nuestra opinión acerca del particular, sin otras limitaciones que las que el decoro exige.

Desgraciadamente, saben todos cuantos en su infancia frecuentaron colegios e Institutos, y más todavía los un tiempo colegiales internos, que la aglomeración de muchos niños en una misma habitación, no sólo es perjudicial higiénicamente considerada, sino que ofrece graves riesgos a su castidad, si no los ahuyenta una rigurosísima vigilancia, imposible de sostener en la mayor parte de los casos. Parecidos riesgos que en la escuela, amenazan en el hogar cuando los hijos son muchos y de ambos sexos.

Demuestra la experiencia que no basta la más estrecha vigilancia para impedir el contagio, porque los vicios solitarios, tan frecuentes en la niñez, escapan a todo celo, y aun muchas veces los mismos celadores corrompen la inocencia del niño enseñándoles lo que siempre debiera ignorar.

A fin de prevenir los terribles males que tanto para el cuerpo como para el alma dimanán de la deshonestidad en acción, no hallaron los educadores del antiguo régimen mejor remedio que la absoluta ignorancia en lo relativo a las funciones reproductivas, creyendo abroquelar de este modo al niño contra toda corrupción y ponerlo al abrigo de toda concupiscencia. Sin embargo, los hechos demuestran la ineficacia del procedimiento, con el que sólo se logra fomentar la hipocresía, la doblez y la gatzmoñería, que en triple alianza dan a pícaros redomados el aspecto de inocentes zangolotinos.

Padres y maestros deben considerar que la naturaleza es la gran reveladora de los misterios afrodílicos, y que a pesar de todo nuestro sigilo y recato, acaba el niño por adivinar intuitivamente lo que tan celosamente le queremos encubrir. Además, en la conducta de los educadores, y sobre todo en la de las madres, se nota una contradicción evidente acerca del particular, pues mientras que por una parte les cuentan a los chicos disparatadas invenciones de ángeles que del cielo bajan en cestos a los recién nacidos, o de compras hechas en París sin moverse de Barcelona, por otra parte no tienen reparo en vestir y fajar al muñeco delante de la hermanita, ni en dejarle al cuidado de ésta, dándole con ello una lección práctica mil veces más eficaz e instructiva que la lectura de un tratado de Fisiología.

En este punto del pudor infantil, domina entre las gentes un artificioso convencionalismo con el cual nos fingimos engañados, aunque todos conozcamos el engaño. Ni el vivo celo paternal, ni la rigurosa disciplina escolar, evitan que el grandullón disoluto, la compañera desenvuelta, inicien brutalmente a los menores en los secretos que imprudentemente les habíamos ocultado. Si forzosamente, por ley natural ineludible, ha de llegar día en que, sin lecciones ajenas, presienta el niño por inevitables observaciones lo que más tarde le ha de revelar la naturaleza, ¿por qué no adelantarnos circunspectamente al porvenir, con objeto de que el niño esté preparado a la novedad, y vaya aprendiendo honestamente lo que por ser ley de Dios no tiene otra malicia que el abuso? La hipócrita pudibundez que sobre el particular impera por fuerza de la costumbre, carece en absoluto de fundamento lógico. Les decimos a los niños que la comadrona ha comprado un nene, y en cambio no nos asusta que vean a la perra o a la gata con el vientre a rastras; ni nos recatamos de decir que ha parido cachorillos; los niños no son tan bobalicones como por sus pocos años nos parecen; y si nos representáramos la época análoga de nuestra infancia, tal vez recordaríamos que no nos engañaban completamente las paternas supercherías. Las lecciones que a los niños da la experiencia de la vida son más frecuentes y eficaces en las aldeas que en las ciudades; y contra la vulgar opinión, hay más picardía y desenvoltura entre los niños campesinos que entre los niños burgueses, al paso que la obscenidad es más propia de las ciudades que del campo. La razón es clara, porque los labriegos viven en intimidad con la Naturaleza y tienen ocasiones mil de sorprender los secretos que oculta la reproducción de los seres vivientes.

Los campesinos no se espantan de lo que a los ciudadanos escandaliza; y como ya desde pequeños están acostumbrados al distintivo del sexo y saben que aquello es una cosa tan natural y necesaria como los ojos y la boca, son más honestos en su aparente desenvoltura que los gazmoños libertinos de las ciudades.

No hay, por lo tanto, inconveniente alguno en que, aprovechando favorables coyunturas, vayan iniciando gradualmente las madres a sus hijos, y con especial cuidado a sus hijas, en los secretos de la vida, representándoles los peligros a que se exponen si no siguen estrictamente los maternales consejos. Para evitar el mal que por eventualidad pueda sobrevenir, es de todo punto indispensable que el niño lo conozca de antemano, con objeto de ponerse al abrigo de las sorpresas.

La misma Religión, que tan severamente rígida es en esta materia, admite como la cosa más natural del mundo, que se les hable a los niños sin eufemismos ni ambigüedades cuando se trata de catequizarlos en los misterios de nuestra Fe; y así dicen los catecismos de doctrina cristiana al enseñar el misterio de la Encarnación que: «no fué obra de varón, sino por obra del Espíritu Santo»; añadiendo con mayor claridad si cabe, que: «María fué virgen antes del parto, en el parto y después del parto». Parecida naturalidad de expresión se nota en la oración del Ave María cuando decimos: «y bendito es el fruto de tu vientre». Pues si la Iglesia, no obstante su escrupulosa moral, admite sin reparo estas formas expresivas, ¿por qué hemos de ocultar hipócritamente a los niños lo que precisamente deben conocer para precaverse del mal?

Si con nuestro sigilo lográramos mantener la inteligencia y el sentimiento del niño constantemente castos, sin duda alguna que el silencio y el engaño fueran el mejor medio; pero como no podemos contrariar la obra de la Naturaleza, ni está en nuestra mano desvanecer las instintivas sospechas de la infancia, forzosamente hemos de regular, dirigir y orientar la sensibilidad y la inteligencia del educando hacia el natural destino de sus órganos, a fin de apartarle oportunamente de los extravíos de la concupiscencia.

También en este particular servirá de poderoso auxilio la educación física a la moral. Los niños fuertes, vigorosos y sanos, no sentirán el aguijoneo de precoz lujuria, ni se entregarán oculta-mente a los vergonzosos hábitos solitarios que tan funestamente enervan su organismo. La concupiscencia, el ansia de sensuales deleites, en edad en que todavía no exige la naturaleza el cumpli-

miento de las funciones reproductivas, hace presa en los cuerpos débiles y enfermizos, en los organismos desequilibrados, allí donde la ociosidad y la monotonía engendran el aburrimiento, y las actividades física y psíquica no tienen nobles empleos en que ejercitarse. La continua ocupación, alternada de suerte que cada una sirva de descanso a la anterior, la acertada distribución de las horas del día entre las labores del cerebro y de los músculos, entre el trabajo, el esparcimiento y el sueño, sin dejar un instante a la ociosidad, contribuirán a mantener incólume la castidad del niño con mayor eficacia que cuantas exhortaciones y castigos empleáramos en conseguirlo. Los ascetas de pasados tiempos, presintiendo la gran influencia de lo físico sobre la moral, flagelaban sus carnes para reprimir los ímpetus de la lujuria. En nuestros días, un ejercicio gimnástico produce en el organismo análogo pero más provechoso y humanitario efecto, que el cilicio, las disciplinas y los ayunos. Antes desfallecía Venus sin Baco y Ceres; o dicho en términos vulgares, el regalado sustento era aliciente de la lujuria. Hoy no hemos de tener escrúpulo en darle al cuerpo lo que buenamente necesite, con tal que también alimentemos el alma con ideas sanas y exquisitos sentimientos.

En el escabroso asunto de que vamos tratando, es preciso más que en otro alguno mantenernos juiciosamente equidistantes de la gazmoñería y del descoco. No hemos de fingir, pero tampoco hemos de baladronear. Si la ocasión no se presenta propicia y oportuna, cuidémonos de anudar conversaciones intemperantes; sólo cuando haya motivo razonable o presunción fundada de que el silencio o el fingimiento ha de ser peor que la verdad, hemos de explicarle al niño, con naturalidad sincera, sin aspavientos de misterio, lo que sus ojos nos pregunten, lo que sus sonrisas nos indiquen, pues no hay mal ninguno en decir la verdad si con ella podemos enriquecer el entendimiento y bien encaminar la voluntad.

Por otra parte, el guardar con los niños absoluta reserva en este punto, es causa de que su imaginación se exalte y le incite a satisfacer su curiosidad por peligrosos medios, que es lo que generalmente sucede; y aunque así no fuera, aunque la ignorancia del niño fuese completa, no tendría la voluntad obstáculo en que fortalecerse, y la inocencia sólo duraría el corto tiempo que durase la ignorancia.

Que el honesto conocimiento de las leyes generales de la reproducción de los seres vivientes no presenta riesgo alguno para la castidad de la infancia, lo demuestra la misma experiencia de

la vida; pues si la revelación del secreto hubiese de engendrar forzosamente el libertinaje, sería ya el pudor una vana palabra. De sobra estará decir que debemos apartar a nuestros hijos de los espectáculos licenciosos, de las lecturas malsanas, de las estampas obscenas, de todo cuanto sin motivo natural o científico y con el evidente propósito de incitar a la concupiscencia, presenta en escaparates y escenarios un arte prostituido. Pero acompañémoslos sin reparo ni temor a los museos de pintura y escultura, aunque la forma humana se muestre allí en desnudez completa, porque aquella desnudez es honesta y la pureza del arte desvía de todo mal pensamiento. Acompañémoslos a los museos de historia natural, y no tengamos escrúpulo en que vean reproducido plásticamente el horrible cuadro sinóptico de las enfermedades vergonzosas. El peligro no está en el desnudo, sino en la intención; porque el alma honesta nada le sorprende ni logra apartar de la pureza de ideas y sentimientos.

DR. TERRER.

(Se concluirá.)

NOTAS

De nuevo nos permitimos llamar la atención del digno señor Alcalde, acerca de los niños descalzos y harapientos que vagan por las calles.

Son principalmente de tres clases:

Los *suscritos* al cine, que a horas impropias de la noche, se recojen bien o mal en sus casas, de las que sacan gérmenes morbosos de todas clases.

Los (no todos) vendedores de periódicos, que son portadores de cultura y de consejos higiénicos y llevan el cuerpo semidesnudo y la ropa sucia.

Y los de *profesión* cuya vida es la calle y la bohemia, a los que hacemos referencia en otro lugar.

Una preguntita: ¿Qué hay de Colonia escolar?...

Otra: ¿qué hay de escuelas al aire libre?